



En homenaje a Eduard Miralles i Ventimilla

Eduard Miralles fue un barcelonés excepcional, como la ciudad a la que amó en la manera que se ama a aquello que nos es inevitable, reconociendo y asumiendo los claros y los oscuros pero con intensidad emocional. Hombre culto en el buen sentido de la palabra, trabajador de una manera más lúdica que puritana, honesto intelectualmente y de corazón y, sobre todo, bueno en el sentido más machadiano de la palabra. La persona a la que homenajeamos en las páginas siguientes ha sido un referente en lo que atañe a las políticas y gestión culturales tanto en España como en ese amplio y diverso mundo que es Latinoamérica, dejando también buen recuerdo en diferentes instituciones y ciudades de Europa.

Periférica, con motivo de su fallecimiento en agosto de 2018 publicó un breve texto de reconocimiento en el número 19. Como el mismo nos parecía escaso y no hacía honor a su figura y obra, consideramos que merecía un mayor homenaje por nuestra parte. No olvidemos que fue miembro del consejo asesor de la revista desde su primer número. Para esta tarea hemos contado con la ayuda de un

grupo de gestores amigos que con Eduard constituyeron un grupo informal de reflexión al que denominan, no sin cierta sorna, Avejentados de la Gestión Cultural. De esta cercana fuente hemos obtenido el texto, inédito y probablemente el último salido de su pluma, y que encabeza esta sección que le dedicamos. A continuación, los miembros de este colectivo han elaborado breves pasajes inspirados en frases que Eduard solía citar o se incluían de manera destacada en sus escritos. Se trata de frases que nos desvelan partes esenciales de su pensamiento y su trabajo intelectual y que tratan de cumplir una doble función, el homenaje y el reconocimiento del magisterio del autor. Los hemos agrupado bajo el epígrafe común de «dichos y afectos», casi refranescos de Eduard y el afecto que estos compañeros suyos de profesión ponen en la glosa.

Por último, a modo de recordatorio pero también de crónica de urgencia para quienes no lo conocían en exceso, incluimos una breve reseña biográfica. Un recuerdo que pretendemos a la par riguroso y emotivo de este hombre bueno y amable que se nos fue tan de improviso y tan ligero, con una levedad en el partir que nos sorprendió y entristeció a todos.

Recuento. ¡Qué tiempos aquellos!

Eduard Miralles i Ventimilla (gestor cultural)

El presente cúmulo de reflexiones intenta dar respuesta a tres coyunturas de índole diversa y, sin embargo, complementarias. En primer lugar, el compromiso adquirido con los participantes en la reunión de Avejentaos de Añón del Moncayo en abril de 2016 de intentar ser mucho más explícito respecto a los logros materializados en estos casi cuarenta años de políticas públicas para la cultura. En segunda instancia, compensar una cierta frustración frente a la desmemoria manifiesta de los —pocos— investigadores que desde una academia escasamente atenta a todo aquello que no forme parte de la literatura precedente obvian la pertinencia de los hechos con escasa o nula constancia escrita¹. Finalmente, el afán por buscar antídotos contra esta fiebre de lectura hipercrítica contra la transición y sus perversiones que, de un tiempo a esta parte, nos viene aquejando en España cuando intentamos reflexionar sobre las recientes políticas públicas, también las culturales².

En el informe “La Institucionalización de la Cultura en España” realizado por la Fundación Interarts por encargo del Ministerio de Cultura como pórtico al encuentro que con el mismo título se celebró a finales del año 2007 en el MNCARS³, se ponía el dedo en la llaga de una cuestión sin duda capital: el mayor problema institucional en la cultura de nuestro país no ha sido la descentralización, porque centro y periferia en España nacieron y crecieron casi a la par y sin ningún tipo de prelación de responsabilidades. Si el Ministerio de Cultura cumple ahora cuarenta años, las administraciones locales democráticas recién cumplieron los treinta y ocho y la mayor parte de las comunidades autónomas apenas treinta y cinco. La gran asignatura pendiente es la cooperación interinstitucional. Más allá de las mesas sectoriales con las consejerías de cultura de las comunidades autónomas. Una cooperación que, a nuestro juicio, en el ámbito de las políticas culturales, solo es posible desde una cierta percepción de geometría variable que haga posible el trabajo en red de ciertas ciudades, varias provincias, algunas asociaciones de municipios, determinadas autonomías y, por qué no, una dirección general ministerial capaz de armar algo parecido a un laboratorio para la cooperación cultural.

La falta del liderazgo esperable en este sentido por parte de instituciones de Estado explica, aunque no justifica ni mucho menos exime de responsabilidad, que en buena parte gracias al azar algunas instituciones hayan asumido vi-

cariamente dicho liderazgo. Es el caso de la Diputación Provincial de Barcelona o la Federación Española de Municipios y Provincias (FEMP), por ejemplo.

Los primeros años de políticas culturales democráticas en España se caracterizan por una efervescencia de iniciativas, a la búsqueda del tiempo perdido y el afán por definir un modelo propio. Los más viejos del lugar quizás recuerden aquellos encuentros sobre formación de animadores socioculturales auspiciados por el propio ministerio a principios de los años ochenta, el encuentro “Cultura y Sociedad: la política de promoción sociocultural a debate” organizado en el ya lejano año 1983 por Ignacio Quintana, en aquel entonces subsecretario del ministro de cultura Javier Solana o, en clave mucho más cercana, las primeras “Jornades d’Animació Cultural” convocadas por el Ayuntamiento de Barcelona en la sede del Colegio de Arquitectos de dicha ciudad, a finales de enero del año 1981. Cabe recordar que, en aquellos tiempos, los temas objeto de acción política (incluso desde las más altas instancias ministeriales) respondían a etiquetas como «cultura y prisión», «campo cultural» o cualquier otro epígrafe vinculado con lo sociocultural⁴, lo que avala mi hipótesis, desarrollada en otros escritos, de que en España la historia de la política cultural es, en cierta medida, una historia escrita al revés: comienza por la democracia cultural, en sintonía con las palpitaciones de su momento, y a lo largo de los noventa y los decenios posteriores, avanza en pos del tiempo perdido hacia las etapas de la democratización de la cultura, primero, y de la cultura patrimonial después⁵.

Pero la verdadera inflexión creo que se producirá en septiembre del año 1984 con la convocatoria por parte de la Diputación Provincial de Barcelona de la autodenominada “Primera Escola d’Estud’ Acció Sociocultural” bajo la marca de Interacció en los antiguos Hogares Mundet de la parte alta de la ciudad (evento que, a pesar de múltiples e inevitables altibajos, subsiste milagrosamente todavía) y el anuncio, como conclusión y consecuencia de Interacció, de la creación del Centre d’Estudis i Recursos Culturals (una suerte de Interacció permanente) que a partir de diciembre del año 1986 abrirá sus puertas en el providencial y maravilloso Pati Manning de la antigua Casa de Caridad en el barrio del Raval de Barcelona (su subsistencia, contra viento y marea, más de treinta años después es otro milagro inexplicable). Ni lo uno ni lo otro fue pensado en clave de Estado. Sea como fuere, por activa o por pasiva, ambos acabaron desempeñando dicho papel. Gracias a la intuición política y técnica de Jordi Font y Eduard Delgado, coadyuvadas por el apoyo de algunos otros cooperadores necesarios, como el

Los primeros años
de políticas culturales
democráticas en España
se caracterizan por una
efervescencia de iniciativas,
a la búsqueda del tiempo
perdido y el afán por definir
un modelo propio.

malogrado Joaquim Franch o Alfons Martinell, hicieron posible que el CERC se convirtiera en un verdadero referente, local y global a un tiempo, capaz no solo de prestar servicio como laboratorio (es decir, un lugar donde la información se transforma en conocimiento, y el conocimiento se transforma en innovación) para la cooperación cultural en su territorio de referencia, es decir, el de los municipios de la provincia de Barcelona, sino de abrir sus puertas a gentes de toda España, así como a iniciativas europeas, mediterráneas e iberoamericanas.

La lista de logros en torno al CERC es relativamente larga: un centro de Documentación especializado que hoy en día se cuenta entre los más nutridos a escala internacional (circunstancia en cierto modo paradójica que solamente se explica por cierta desidia institucional, o tal vez indiferencia). Unos encuentros de “Dirección de Proyectos Culturales” (los seminarios uno, cuatro, diez y cuarenta) que, en el período 1986-1989, fueron el embrión de los primeros cursos de tercer ciclo universitario sobre políticas y gestión cultural que hubo en España, con el concurso de la Universidad de Barcelona, muy pronto con un formato abordable por participantes de toda la península, primero, y de Iberoamérica, después. La consolidación de Interacció como encuentro periódico (a partir del año 1994 con periodicidad bienal) de referencia para la reflexión y el debate en materia de políticas y gestión cultural⁶, la fundación en el año 1991 de la Red

Europea de Centros de Formación de Administradores Culturales Territoriales (ENCATC)⁷ como conclusión operativa del proyecto sobre Cultura y Región promovido por el Consejo de Europa. La hipótesis de constitución en el año 1995 de un Observatorio Europea de Políticas Culturales Urbanas y Regionales, embrión de lo que con los años y un recorrido más que laberíntico ha acabado siendo la Fundación Interarts⁸, agencia privada con vocación pública orientada a la cooperación cultural internacional en clave de cultura y desarrollo, cuyos programas participan en buena medida del mismo código genético que hizo posible el CERC o la gestación y alumbramiento de la *Agenda 21* de la Cultura⁹ de la mano del Institut de Cultura de Barcelona.

De puertas hacia adentro, en lo que a los clientes prescriptivos de la Diputación de Barcelona se refiere (algo más de trescientos municipios en un territorio de 4,5 millones de habitantes) no es de importancia menor la implementación de un nuevo modelo de servicios para la cooperación en materia de artes escénicas y visuales (lo que a partir de los años noventa daría lugar a la puesta en marcha de la Oficina de Difusió Artística), el intento de sistematizar la información sobre infraestructuras y operadores culturales, primero, y sobre la producción (oferta) y el consumo (demanda) cultural después (a través del Banc d'Informació Cultural y el Demos-CERC) o, en definitiva, a partir del año 2000, y a reflujó del primer Plan Estratégico del Sector Cultural llevado a cabo por la ciudad de Barcelona, la activación de un programa permanente de Planes de Acción Cultural (PACs) en los municipios de la provincia que a estas alturas ha realizado ya más de cincuenta intervenciones.

La hipótesis fundacional del CERC llevaba implícita, en cierto modo, la réplica o transferencia del modelo a otras instituciones o a otros territorios como condición necesaria para su sostenibilidad. Dicho de otro modo, si se trataba de una herramienta idónea para la acción cultural local, cabía esperar la proliferación de otras iniciativas semejantes propiciadas desde las instancias provinciales o autonómicas. Y el trabajo en red entre centros de recursos arraigados territorialmente debería contemplarse como clave de su éxito. No es casual, por lo tanto, que poco después de la puesta en marcha del CERC la Diputación Provincial de Valencia creara el Servicio de Asistencia y Recursos Culturales (SARC, de trayectoria azarosa), que la Diputación Provincial de Cádiz hiciera otro tanto con la denominación de *Vigía*, Observatorio Cultural de la Provincia de Cádiz o que desde La Coruña la corporación provincial impulsara algo semejante, en este caso, como en el de Cádiz, con una importante contribución

universitaria. A escala autonómica, cabe destacar la iniciativa del Gobierno Vasco, con la puesta en marcha hacia el año 2005 del Observatorio Vasco de la Cultura y, de modo más difuso, algo más tarde, en Castilla-la Mancha. O la traducción operativa de planes regionales de cultura, como el que se llevó a cabo en Andalucía (PECA) a mediados de la década anterior.

Otros hicieron también mucho, por no decir más que bastante, Más allá de los frecuentes primeros encuentros o primeras jornadas consagradas a la política, la gestión o la acción cultural (que muchas veces fueron más un brindis al sol o un acto de gesticulación institucional más que otra cosa, sin continuidad ni incidencia real en el sector), cabe destacar los intentos por parte de las instituciones y organismos universitarios en la puesta en marcha de programas de formación de tercer ciclo (Oviedo, Valladolid, Zaragoza, Baleares, Canarias...), o los procesos de vertebración de asociaciones profesionales, generalmente a escala autonómica¹⁰. En Álava, País Vasco, cabe mencionar también la labor llevada a cabo por la iniciativa privada de XABIDE, que a finales de los años noventa y los siguientes llevó a cabo durante cinco ediciones las “Jornadas sobre Iniciativa Privada y Sector Público en la Gestión de la Cultura”¹¹ y, en cierta medida, la labor emprendida por el Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz, referente carismático en la implantación de redes municipales de centros cívicos, que a partir de la celebración en mayo del año 2000 de las “Primeras Jornadas sobre Centros Cívicos y Proximidad”, dio lugar a la creación de una red de administraciones municipales especializadas en la materia, bajo el nombre de Kaleidos.Red¹², hoy en día mucho más orientada a temáticas de intervención socio-educativa y participación ciudadana.

Todo ello ante una relativa indiferencia por parte de la instancia ministerial¹³ o, a lo sumo, la subvención discrecional mediante alguna de las líneas de fondos concursables existentes. Solamente una excepción confirmará la regla: la convocatoria del encuentro “La Institucionalización de la Cultura en España” por parte del Ministerio de Cultura en noviembre del año 2007, siendo Director General de Cooperación y Comunicación Cultural Carlos Alberdi¹⁴. El encuentro tuvo lugar en el MNCARS (Reina Sofía) y, aún a pesar de que su gestación fue en cierta medida azarosa, marcó sin duda un hito que no ha tenido continuidad hasta la fecha, constituyendo nuevamente un primer congreso sin ninguna continuidad posterior, tanto por razones políticas como técnicas. A lo largo de los años 2015 y 2016 desde la misma dirección general se han convocado sendas ediciones de un

evento bajo la denominación de “Cultura Local y Construcción de Ciudadanía”, desde el año 2017 la iniciativa tuvo continuidad con un foro consagrado a las relaciones entre “Cultura y Medio Rural”¹⁵. Posteriormente en el año 2018 el encuentro tuvo como ejes centrales las temáticas de la educación, la mediación y los públicos por lo que a nuestro juicio está mucho más orientado al «emprendizaje» y los nuevos actores sociales de la cultura que no hacia la cooperación interinstitucional y público-privada para el desarrollo cultural del territorio y con una presencia de la administración local escasa o nula.

Conviene dar ahora un paso atrás para devolver nuestra atención a lo hecho desde la Diputación de Barcelona. Joaquim Rius-Ulldemolins y Santi Martínez Illa se preguntaban hace un tiempo en un artículo académico sobre la política cultural de la Diputación de Barcelona acerca de las razones que la convirtieron en una institución que ha actuado durante largo tiempo por encima de sus posibilidades e incluso de sus competencias y más allá de su territorio¹⁶. Sin duda existen razones históricas (en el año 1925, cuando la dictadura del general Primo de Rivera, acaba con la Mancomunitat de Catalunya, buena parte de la obra de gobierno de dicha institución preautonómica *avant la lettre* se reintegra a la Diputación de Barcelona: biblioteca de Catalunya, museos, el enclave arqueológico de Empúries, que está incluso fuera del territorio provincial...) tanto como razones políticas (durante el largo reinado de veintitrés años de Jordi Pujol al frente de la Generalitat, la Diputación actuó casi siempre como el contra-poder de izquierdas), pero algunos argumentos son de estricta coyuntura. Cabe recordar, en este sentido, que el regreso del exilio Josep Tarradellas y la puesta en marcha del gobierno provisional preautonómico en Catalunya se incubaba y se gesta a partir de una institución preexistente, la Diputación Provincial de Barcelona (que incluso ocupaba las dependencias de la antigua Generalitat republicana). Por lo tanto, cuando la Generalitat echa a andar, a la Diputación no le queda más remedio que reinventarse, y lo hace con notables dosis de ingenio y energía llevando al límite su propio marco legal como administración local de segundo grado; un verdadero ayuntamiento de ayuntamientos que, sin inmiscuirse en unas hipotéticas competencias de planeamiento que no tenía, compensaba las desigualdades territoriales garantizando al conjunto de la ciudadanía, viviera donde viviera, el acceso a servicios de similar calidad. Esto, en cultura, se tradujo en la puesta en marcha de una estructura integrada por tres vértices: una serie de agencias altamente especializadas (como la Oficina de Difusió Artística o la Oficina de Patrimoni Cul-



tural), una instancia de I+D+i con formato de observatorio/laboratorio (el Centre d'Estudis i Recursos Culturals) y una suerte de mini parlamento cultural local (la Mesa de Concejales de Cultura). Un modelo innovador, superador de tradicionales inercias territoriales por las que las diputaciones ejercen, a menudo, como meros ayuntamientos de segunda en su capital provincial, lo que sin duda atrajo el interés de otras instituciones de toda España.

Durante el mandato 1995-1999 la tarea primordial de la Mesa de Concejales de Cultura fue la elaboración de una plataforma de cultura y poder local, cuyo colofón lo constituye una serie de propuestas sobre las políticas culturales locales cara a los ayuntamientos de la provincia de Barcelona. Constituye una Carta de Servicios Culturales Municipales, donde «se establecen las bases para la clarificación de responsabilidades y la cooperación entre las distintas administraciones en materia de cultura, constituyendo una primera plataforma en pro de la subsidiariedad local en los servicios

culturales de proximidad»¹⁶. Cabe situar todo ello en un contexto legal para la administración local que reclamaba a veces una revisión que elevara a la categoría de oficial aquello que ya, de facto, sucedía en los ayuntamientos (aunque la Ley de Bases de Régimen local fuera relativamente reciente, aprobada en el año 1985). Nada de lo sucedido después, ni mucho menos la nueva Ley para la Reforma y Sostenibilidad de la Administración Local (LRSAL) del año 2014, contribuirá a mejorar aquel estado de cosas. El libro, a título de curiosidad, contiene un breve texto de Esteve León bajo el título de “Cultura y Municipio. Agenda 21: necesidades y retos” que constituye la primera aparición en público de este concepto del que yo he logrado tener noticia.

Ahí es donde el proceso de la Diputación Provincial de Barcelona se encuentra con el de la Federación Española de Municipios y Provincias (FEMP). Pero primero quizás convenga hacer un poco de historia. De hecho, la FEMP no contó con una comisión política «oficial» consagrada a

la cultura desde su fundación (en el año 1985) hasta el año 1995¹⁷. Ello no obstante, Barcelona y su política cultural ya había suscitado el interés de la Comisión de la FEMP de diputaciones, cabildos y consejos insulares, interés que se tradujo en el inicio de una reflexión sobre la acción cultural de las diputaciones españolas de régimen común (sabido es que las diputaciones forales, como los cabildos y los consejos insulares, son claramente otra cosa).

El caso es que, por una parte, la Diputación de Barcelona invita a la Comisión de Diputaciones a sesionar (por decirlo a la sudamericana) sobre temas de cultura en el marco de la bienal *Interacció en Barcelona* tanto en el año 1998 como en el año 2000. De ahí surgirán dos documentos que obtendrán la sanción formal por parte de la FEMP: “Pautas para la cooperación institucional en materia de Cultura” (aprobado en la VIII Asamblea General de la FEMP celebrada en Madrid en el año 2003), y “Un perfil para la política cultural de las Diputaciones” (aprobado en la Comisión Ejecutiva con fecha 5 de junio del 2001). Cabe señalar que en ambos casos se logró el total consenso de todos los grupos políticos presentes en la FEMP en aquel entonces. En este contexto se confeccionó una pequeña radiografía de uso interno sobre el perfil de la acción cultural de las corporaciones provinciales a partir de las respuestas de veintinueve diputaciones de régimen común a un cuestionario remitido anteriormente. Frente al 29,5 % de las respuestas que afirmaban que su labor primordial era la gestión directa de infraestructuras y servicios finalistas, solo se consignaba un 3,2 % de actuaciones que, en sentido estricto, podían ser consideradas como servicios específicos de asistencia municipal. Era sorprendente, por otra parte, el elevado volumen de gestión directa de establecimientos (un 65,5 % de las corporaciones), publicaciones (un 89,7 % de las corporaciones) o premios y becas (un 96,6 % de las corporaciones), frente a la escasa o nula importancia de las acciones y programas orientados a la formación, la información o el asesoramiento municipal. Un panorama, por lo tanto, manifiestamente mejorable, donde la cooperación local sigue siendo concebida desde un punto de vista más táctico que estratégico, privilegiándose la provisión de recursos materiales y económicos por encima de la producción y la transferencia de conocimiento, y en el que muchas corporaciones provinciales se debaten para encontrar su razón de ser, legitimando una posición equidistante tanto de las prestaciones de «cajero automático» provincial como de la «contraprogramación» cultural respecto a la ciudad capital de provincia, todo ello en un entorno de fuerte concurrencia institucional (comunidades autónomas, comar-

cas, mancomunidades de municipios, etc.) y ante indiferencia generalizada de una ciudadanía que no alcanza a comprender por qué y para qué es necesario el escalafón provincial de la institucionalidad cultural en España.

Por otra parte, esta colaboración entre la Diputación de Barcelona y la FEMP se traduce en la adopción y posterior publicación por parte de esta (en el año 2003) de una “Guía de Estándares de los Equipamientos Culturales en España” que la Diputación de Barcelona había elaborado a escala provincial a finales de los años noventa, que tuvo una repercusión innegable en la planificación de infraestructuras a escala local. Poco después, en el año 2005, a raíz de un cierto fracaso en un proyecto de cooperación europea liderado por el Ayuntamiento de Barcelona para la construcción de indicadores y evaluación de la acción cultural local¹⁸ surge la iniciativa de crear, en el seno de la Comisión de Cultura de la FEMP, un grupo técnico *ad hoc* que emprenda la ambiciosa iniciativa de elaborar un manual de indicadores en clave de aquello que poco antes, en su artículo 49, había ya reclamado la reciente y flamante *Agenda 21* de la Cultura. El proyecto va a recibir el apoyo entusiasta del Ministerio de Cultura (y de manera muy especial de su Director General de Cooperación y Comunicación Cultural, Carlos Alberdi, quien probablemente ve en la iniciativa una estrategia razonable para articular el maltrecho sector cultural local, habitualmente disperso). Así pues, a lo largo casi de tres años, una quincena de técnicos municipales y provinciales de cultura de toda España se reunirán a un ritmo prácticamente mensual, constituidos en Grupo Técnico de la Comisión de Cultura, con el apoyo de una consultora especializada, XABIDE, para llevar a cabo la elaboración de dicha guía¹⁹. En una modesta indagación llevada a en el marco del grupo de trabajo se puso de manifiesto como 66 de los 137 municipios españoles con una población de más de cincuenta mil habitantes no dedicaban ninguna atención ni recursos a tareas tales como elaborar mapas o directorios de infraestructuras, agentes y recursos culturales, realizar estadísticas o sondeos relativos a dicho sector, o a trabajar con indicadores y evaluar sus políticas para la cultura; esta misma situación se daba en 26 de las 49 administraciones locales de segundo grado existentes (diputaciones, cabildos y consejos insulares) y, finalmente, se constataba la existencia de apenas tres o cuatro centros de recursos, observatorios o laboratorios, de titularidad local orientados a la recolección de información, el análisis y la evaluación de las políticas públicas para la cultura. Por lo tanto, una situación que tiene poco o nada que ver con lo que podía ser previsible a mediados de los ochenta, cuando podríamos decir que empezó todo.

La tarea, no sin dificultades, así como con un posible exceso de ambición, llegó a buen puerto en el año 2008. La segunda fase de la iniciativa, consistente en la aplicación de los indicadores en un conjunto heterogéneo de municipios, así como su transformación en una suerte de plataforma digital, experimentó demoras y dificultades tanto de tipo técnico como político. Cambios tanto en la FEMP como en el Ministerio paralizaron el desarrollo previsto. Finalmente, con el apoyo de la Universidad de Valencia, la FEMP²⁰ está trabajando actualmente en una alternativa de continuidad bajo la denominación de Barómetro Cultural Local (BÁCULO) además de, nuevamente con la colaboración del Ministerio de Cultura, en una revisión y ampliación de la “Guía para la evaluación de las políticas culturales locales”.

Estimo que por el momento queda constatada a día de la fecha la zigzagueante historia de las políticas culturales locales, sus tortuosas relaciones con los restantes poderes públicos y los numerosos intentos de «ordenar el sector». Intentos por veces torpes, otras insuficientes y en algunos casos, por qué no decirlo, brillantes en sus resultados. Municipios, diputaciones y cabildos han sostenido, con más gloria que pena, un esfuerzo permanente por la cultura en estas tierras que Gaziel distinguía como «Península inacabada»²¹.

Notas

(1) Quizás los artículos escritos a cuatro manos por Joaquim Rius-Ulldemolins y Santi Martínez Illa sean una de las pocas excepciones que confirman la regla. Destacan sus aportaciones en el volumen colectivo *Treinta años de políticas culturales en España*, PUV, Universitat de València. Valencia, 2016

(2) Léase, en este sentido, a modo de ejemplar botón de muestra, el artículo “Drógate tu!” de Jordi Amat sobre la exposición “Gelatina dura. Historias escamoteadas de los 80” presentada en el MACBA en 2017 (Cultura/s, suplemento cultural de La Vanguardia, 21 de enero del 2017).

(3) Puede consultarse en: <http://www.culturaydeporte.gob.es/cultura/areas/cooperacion/mc/congresoicgc/presentacion.html>

(4) Véase, en este sentido, la colección de textos publicada por Editorial Popular a finales de los ochenta y principios de los noventa, en colaboración con el Ministerio de Cultura.

(5) Ya desde el lejano “Aguiles y la tortuga o las paradojas del desarrollo cultural en España”, prólogo al libro de R. Gómez de la Iglesia y M. A. Pérez *El técnico de actividades socioculturales*, Vitoria, Xabide, 1992.

(6) Liderazgo que, de un tiempo a esta parte y por falta de voluntad institucional de la Diputación de Barcelona, ha sido asumido por los encuentros “Pública” que convoca en Madrid la Fundación Contemporánea con sede en el Círculo de Bellas Artes.

(7) Puede consultarse en: <https://www.encatc.org>

(8) Puede consultarse en: <https://www.interarts.net/?lang=es>

(9) Puede consultarse en: <http://www.agenda21culture.net>

(10) Mención especial merece la constitución de la Federación Española de Asociaciones de Gestores Culturales (FEAGC) (<http://feagc.com>) y la celebración, a lo largo de cuatro ediciones, de la Conferencia Estatal de la Cultura en los años 2010 (Madrid), 2015 (Pamplona), 2017 (Valladolid) y 2019 (Mérida), un verdadero ejercicio de articulación del sector profesional sin precedentes, y su intento de establecer un Pacto Social por la Cultura en España.

(11) Bajo el título de “Público y privado en la gestión cultural” (1997), “Valor, precio y coste de la cultura” (1999), “Acción pedagógica en organizaciones artísticas y culturales” (año 2001), “Cultura, desarrollo y territorios” (año 2003) “La comunicación en la gestión cultural” (2005) y “Los Nuevos centros culturales en Europa” (2007).

(12) Puede consultarse en: <http://kaleidosred.org>

(13) Cuando ha habido ministerio; cabe recordar que en tiempos del PP, es decir, durante los dos gobiernos de Aznar, (entre los años 1996 y 2004) y los dos gobiernos de Rajoy (desde el año 2011 hasta 2018) la cultura ha sido materia de una Secretaría de Estado compartida en el marco de un Ministerio de Educación, Cultura y Deportes).

(14) Aunque el encuentro no ha dejado rastro de actas ni ponencias suficientemente explícitos, puede encontrarse algo más de información (y unos artículos encargados previamente por parte de los organizadores) en <http://www.culturaydeporte.gob.es/cultura/areas/cooperacion/mc/congresoicgc/contenidos-del-congreso/textos.html>

(15) ¿Estaremos ante un revival de *Culturalcampo*?

(16) S. Martínez Illa y J. Rius Ulldemolins. *La política cultural de la Diputación de Barcelona. La influencia del contexto político institucional y de la articulación entre administraciones en el desarrollo de un modelo singular de cooperación cultural*, Revista RIPS, Vol.1, n.º. 11, págs.9-37, 2012.

(17) Véase el libro *Cultura y poder local: reflexiones y propuestas desde la Mesa de Concejales de Cultura de los municipios de la provincia de Barcelona*, Lleida, Milenio, 2000.

(18) El encuentro sobre “Cultura y Municipio” celebrado en A Coruña en octubre de 1992 (quizás la primera iniciativa emprendida por la FEMP en la materia) fue convocado por la Comisión de Educación y Cultura (presidida por José Antonio González Caviedes, alcalde de Olmedo, con Xosé Luis Méndez Romeu, concejal de A Coruña, como vicepresidente). Existe publicación del encuentro, en concreto: *Cultura y corporaciones locales / I Jornadas de Cultura y Corporaciones Locales*, La Coruña, 14 a 16 de octubre de 1992, Madrid, Federación Española de Municipios y Provincias, 1993. ISBN: 84-87432-37-9

(19) El proyecto EURO CULT 21 desarrollado en el contexto del 5º Plan Marco de Investigación de la Comisión Europea (www.eurocult21.org).

(20) Cabe consignar aquí la importante labor de quienes fueron, sucesivamente, responsables técnicas de la Comisión de Cultura por parte de la FEMP en aquellos tiempos: María Pilar Aldanondo y Juana Escudero. La guía es consultable en http://femp.femp.es/files/566-61-archivo/Gu%C3%ADa_Evaluacion_FEMP_FINAL.pdf

(21) El texto fue un encargo asumido por Eduard Miralles en una reunión de Avejentados en Zahara de la Sierra (Cádiz) el año 2017. Posteriormente presentó las ideas principales para su discusión en la reunión anual de Miranda del Castañar (Salamanca). El texto publicado fue un borrador enviado por él a los miembros del colectivo para su discusión y su redacción definitiva. Los editores se han limitado a pequeñas correcciones de estilo y de algunos nombres y fechas.

Dichos y afectos

En esta sección hemos recogido algunos textos escritos en base a algunas frases y expresiones recurrentes de Eduard Miralles. Son palabras escritas a modo de homenaje y de recopilación conceptual no exhaustiva de su obra y pensamiento. Los textos han sido realizados por sus compañeros de profesión y amigos del grupo de reflexión Avejentados.

Toda definición de cultura es cultural

José Ramón Insa Alba (Zaragoza)

¿Y si lo cultural fuese un estado de ánimo? ¿Y si nos encontramos ante un juego de contrarios? Un circuito abierto y de múltiples direcciones. Quizá algo perverso, si se me permite. Algo que tiene que ver con las distancias, a veces

insalvables, de las formas de ver el mundo, la comunidad, la sociedad y, por supuesto el individuo. Por eso mismo esta es una afirmación trampa, una especie de cebo, Eduard era experto en colgar ideas sobre acantilados con la intención de poner a prueba pericias y valentías, de destapar imposturas.

Ludmer nos dice «todo lo cultural es económico y todo lo económico es cultura» eso es lo que ocurre en las que llamamos nuestras sociedades. Y aunque en cultura lo hemos cambiado casi todo en sus formas, técnicas y procesos, quizá hemos olvidado que quien paga al gaitero elige la canción. O lo que es lo mismo, define lo cultural. Quizá, por eso mismo, lo importante sea preguntarnos desde dónde construir lo cultural. ¿Existen los okupas de lo cultural? ¿Existen quienes se lo apropian?

En este sentido, y debido a que la idea de cultura es cultural, lo que predomina es la confusión. Lo bueno es encontrar el destello que ilumine esa agitación. Porque lo cultural no es independiente, ni autónomo, ni libre. Está sujeto a ese constructo continuo que se inocular desde todos esos espacios de poder que generan los modos de entender la vida, los modos de enfrentarse a ella, los modos de concebir los presentes y los futuros.

Lo cultural, en nuestro entorno, está incompleto porque solo refleja una mínima parte de esa realidad completa. Está amputado. Pero es El Discurso. Y es una realidad construida bajo unos presupuestos, unos intereses, unas determinadas formas de consolidar los imaginarios.

Lo cultural como sistema operativo. La cultura como sentido del relato. El poder colectivo.

Cultura y Economía: ¿El síndrome de Estocolmo?

Roberto Gómez de la Iglesia (Vitoria/Gasteiz)

Si bien a los responsables técnicos y políticos de nuestras instituciones culturales públicas les costó, en una amplia mayoría, aceptar con naturalidad el discurso de la Economía de la Cultura o del papel privado en su gestión, algunos, como Eduard Miralles, pronto advirtieron del riesgo de un efecto péndulo que superaba todas las resistencias para plantear nuevos discursos hegemónicos muy alejados de las premisas que con tanta energía habían defendido los gestores públicos de los tempranos ochenta.

En aquellos tiempos todo lo que relacionase lo cultural con lo económico parecía pecaminoso, como si la economía no fuese en sí un hecho cultural y no se viese a su vez influenciada por la misma. Los noventa nos trajeron el efecto

Guggenheim y el definitivo secuestro de la cultura por la visión más monetarista y neoliberal de la economía.

Quizá aquellas resistencias a lo económico fueron un caldo de cultivo ideal para que los «advenedizos al sector» pudiesen demostrar las bondades de lo cultural, y más recientemente de lo creativo, en la generación de nueva actividad económica, de externalidades positivas en forma de atracción de turismo o de regeneración urbana. Todo ello presentado, a menudo, como contrapunto de la cultura altamente subvencionada (aunque sabemos que hay sectores económicos que realmente reciben muchísimo más apoyo público), ineficaz (porque se empeñan en medirse con herramientas de mirada cortoplacista) o propia de funcionarios improductivos o de perroflautas (¡Qué cansados resultan estos tópicos!).

La cultura es economía y la economía es cultura. Algunos hemos pasado media vida profesional defendiendo la

dimensión económica de la cultura. Y otra media defendiendo el intrínseco valor cultural de la cultura. ¿Dónde radica hoy una buena parte del problema? En que estamos viviendo un verdadero síndrome de Estocolmo. Los secuestrados, para argumentar el valor de la cultura han caído en utilizar reiteradamente los argumentos del secuestrador sin comprender, unos y otros, que la verdadera dimensión económica de la cultura no tiene que ver ni con el tamaño del sector, ni con su capacidad de generar empleo, con su peso en el PIB ni con las externalidades que provoca (que aunque mayoritariamente, no siempre son positivas). La verdadera dimensión económica de la cultura está en su capacidad, a través de expresiones, relaciones y valores, de cambiar el concepto de valor en nuestra sociedad. Es decir, trabajar en el cambio cultural es trabajar en la transformación de la economía.

Este discurso aporta una nueva perspectiva al concepto de lo público, que hay que volver a reivindicar, no como



un espacio propiedad privada de la administración, sino como un espacio de conversación y encuentro entre todos los agentes con vocación de intervenir en lo cultural, que son muchos.

Volvámonos a mirar en el espejo, reconozcamos qué aporta de bueno el discurso del efecto económico de la cultura o del desarrollo creativo de la ciudadanía y sus organizaciones sociales y productivas, pero recuperemos la esencia de nuestro trabajo que no es otro que crear condiciones de expresión consciente y crítica en la construcción personal y colectiva desde el bien-vivir (más que del bienestar).

Recuperemos espacio propio. Y una relación de igualdad con los agentes económicos. Desde el respeto y con una vocación transversal, pero nunca desde el secuestro.

La cultura: de factor de desarrollo a pilar de sostenibilidad.

Jesús Carrascosa (Cuenca)

Si compleja es la definición del término cultura, lo es también el de sostenibilidad. Definido este último en el Informe Brundtland de la ONU como «aquellos caminos de progreso social, económico y político que satisfacen las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para satisfacer sus propias necesidades», se entiende como aquello que nos permite sostenernos en el tiempo —y quizás en el espacio— con garantías de no caer en un abismo de difícil retorno donde peligra nuestra propia supervivencia. En dicha definición no aparece el término cultura aunque está inherente en toda su extensión, pues sin ella todo lo demás carecería de verdadero significado. Se plantea como ardua tarea entonces, comprender el complejo sistema de relaciones entre cultura y sostenibilidad. El hecho cultural constituye un componente fundamental en la «alquimia» que nos hace humanos, seres sociales y políticos que aspiran a perpetuarse en el tiempo y a progresar en todos los sentidos, incluido el económico.

Tradicionalmente hemos definido a la cultura como un «catalizador» de los procesos de desarrollo, pero hoy en día podríamos decir incluso que la cultura ya no es solo vista como un simple «reactivo» para el desarrollo, sino un componente fundamental de la «mezcla» que componen nuestro mundo conocido y sus complejas relaciones. Ya nos advertía nuestro buen amigo Eduard Miralles, que el diálogo entre cultura y sostenibilidad se produce en múltiples niveles y es susceptible de lecturas diversas, y es cierto que este hecho

complica de forma exponencial la forma de percibir con claridad el papel que juega la cultura en el desarrollo de nuestra sociedad.

Nos recordaba cómo desde un punto de vista mercantilista podríamos caer en una visión reduccionista del hecho cultural, llegando a ser estéril el debate, o como desde una visión medioambiental o incluso ecológica nos situaba en un nivel de escasa profundidad en la tarea de encontrar las claves del posicionamiento de la cultura y la centralidad que merece.

Es quizás desde un punto de vista más holístico, desde una visión de la cultura como un sistema de equilibrios y relaciones complejo —similar al funcionamiento de un ecosistema— donde alcanzamos una mayor profundidad en nuestro análisis. La sostenibilidad y su relación con la cultura solo es posible comprenderla si somos capaces de aislar en un mismo concepto nuestro entorno cambiante con nuestro propio destino y la capacidad de poder influir en él de una forma relacional.

La cultura ya no es vista como un catalizador para el desarrollo sino como uno de sus elementos fundamentales, un pilar más de la sostenibilidad. Eduard defendió activamente esta tesis manifestando que sin desarrollo cultural este no se concebiría como sostenible o estaría incompleto. ¿Podríamos en este sentido imaginar cómo las manifestaciones culturales se entrelazan entre sí creando una red —en este caso de funambulista— que nos sostiene ante las caídas en el devenir de nuestra existencia, una suerte de maya de seguridad que se ancla fuertemente en el resto de pilares, los mantiene estables, creando con ello una sólida estructura social?

A lo largo de los últimos años hemos visto como el concepto de cultura ha ido tímidamente apareciendo en los debates internacionales sobre el desarrollo, (MONDIA-CULT, 1982; RÍO DE JANEIRO, 1992; HANGZHOU, 2013) y poco a poco hemos caminado hacia un horizonte donde se vislumbra de manera más clara la indisoluble relación entre cultura y sostenibilidad, y es que parecía ilógico aceptar cómo aquello que nos hizo salir de la oscuridad y caminar con paso firme hacia delante, doblegando las fuerzas de la naturaleza, no haya tenido el merecido protagonismo ni la atención necesaria en los foros dedicados al desarrollo, ni tampoco hayan sido satisfactorios los intentos por dar la centralidad necesaria a la cultura dentro de las políticas culturales locales. Ya nos lo recordaba Eduard Miralles allá por el 2014 al sugerir la necesidad de dar otra «vuelta de tuerca» a la *Agenda 21* de la cultura.

Equipamientos, ¿hacia el contenedor sin contenidos?

Mikel Etxebarria Etxeita (Amorebieta-Bizkaia)

El tema de los equipamientos culturales ha ocupado un importante espacio en la actividad profesional de Eduard Miralles. No en vano comenzó su andadura profesional como director del centro cívico de Sant Martí de Provençals en el año 1983. Miralles ha sido un fino analista de la aportación de los equipamientos a las políticas culturales y de su evolución en el tiempo. Ya en el año 2000 enunciaba la doble condición de monumento y de instrumento de los equipamientos culturales pero advertía que «el monumento no utilitario se convierte en un vacío retórico y el instrumento sin valor simbólico acaba siendo invisible»

Para él cultura y territorio constituían el eje básico de la política cultural. Analizó las relaciones de competencia y cooperación de los diferentes centros culturales en el territorio y siendo consciente de que vivimos en un entorno cada vez más globalizado, apostaba por avanzar hacia otras lógicas que permitan apostar por la «cooperación competente».

Eduard, como buen lingüista, era amigo de las metáforas. Es de reseñar su comparación de un centro cultural con un sistema informático. Consideraba que un espacio para la cultura no es solo *hardware*, un mero contenedor, sino que su rendimiento solo se alcanza cuando esta está dotada de un programa, (el *software*), posee un sistema operativo (el *orgware*), es decir, un modelo de gestión adecuado a su realidad y con personalidad propia, y funciona con una lógica de conectividad elevada, (el *netware*). Apostaba por centros culturales con el doble movimiento cardíaco, sistólico y diastólico al mismo tiempo, capaces de absorber las energías e iniciativas existentes en su entorno, para devolverlas articuladas y fortalecidas a la realidad exterior. Por otra parte, estudió la evolución de los equipamientos culturales en relación con las generaciones de políticas, y como conclusión diseñó su conocido cuadro en el que a cada generación de política cultural corresponde un modelo de equipamiento, del contenedor de la primera generación al obrador de la tercera pasando por el aparador.

Cuál va a ser el espacio cultural de la cuarta generación era uno de los temas objeto de estudio por parte de Eduard. Era consciente de que el contexto digital en el que cada día avanzamos más los espacios físicos para la cultura convivirían con los espacios virtuales, especialmente adecuados para la innovación, el trabajo en red y la cooperación competente.

La frase que encabeza este texto «Equipamientos, ¿hacia el contenedor sin contenido?» es una frase de Eduard que nos hace reflexionar con relación a varias cuestiones:

La difícil transformación de nuestros equipamientos al ritmo de la transformación de las demandas ciudadanas y creativas.

Los problemas de sostenibilidad económica de los equipamientos que ajustadamente consiguen hacer frente al mantenimiento del *hardware*, pero que funcionan con *softwares* anticuados y escasamente atractivos que no responden a las demandas de la población a la que se dirigen.

El deficiente proceso de reflexión antes de la puesta en marcha de un equipamiento de nueva planta.

La peligrosa idea del equipamiento superflexible, que vale para todo y por ello mismo no suele estar preparado para nada.

La creciente importancia del medio abierto y del espacio virtual en las prácticas culturales y creativas de la ciudadanía.

Ciudad, ¿máscara o marca?

Michel Zarzuela (Zaragoza)

Una ciudad no solo tiene que serlo, si no parecerlo. Pero ¿Qué ocurre cuando se logra parecer a lo que no es? Hablamos de pura mercadotecnia, de venta de producto, de competencia entre ciudades, de procesos tan necesarios como arriesgados.

Mezclamos la ilusión con la razón, lo intangible con el mundo real, en una ecuación cuyo resultado debe provocar atracción y autoestima, partiendo de un difícil equilibrio entre humildad, exaltación de lo propio y comunicación exterior.

Los manuales nos dicen que el *marketing* de ciudad es «una estrategia que permite el desarrollo de los atributos de una ciudad en forma positiva, que permite definir sus ventajas comparativas con el resto de ciudades similares». Y cuando hablamos de estrategia, parece que se nos eleva el espíritu, porque hemos sido capaces de incorporar capacidad de análisis, definición de prioridades, temporización de las acciones, sistemas de evaluación... ahí es nada. Y así, si esgrimimos que somos estratégicos, colaborativos, resilientes, transversales, participativos y yo qué sé más, estamos a punto de entrar en el club de los listos, de las ciudades aparentemente listas.

Esto nos recuerda cuando el boom de las *smart cities*. Si no lograbas demostrar que tu ciudad era una ciudad

smart, inteligente, se pasaba al rango de las ciudades tontas. Si no has tenido suerte, y perteneces a una ciudad fea, inconexa, insegura, insalubre, —todo junto o por separado—, la posible marca de ciudad no se la creen ni siquiera los que han cobrado por su diseño ni, por supuesto, los ciudadanos que la habitan.

Pero si perteneces a una ciudad guapa, segura, ordenada y saneada, en un alarde de solemnizar lo obvio y de intentar destacar en el club de los buenos y poderosos, se necesita enmascarar la máscara para acabar disponiendo de la marca más cara y, si hay suerte, la mejor, aunque sea de manera efímera.

En el fondo, el título de esta breve aportación no deja de ser más que el fruto de un alumno avejentado de Ramón Gómez de la Serna, una greguería más de la conducta irónica, reflexiva e incisiva con la que a Eduard Miralles le gustaba enfrentarse a la interpretación de la realidad cotidiana.

El desarrollo comunitario: Santa Bárbara cuando truena

Javier Valbuena (Salamanca)

Querido Eduard, está tronando y como hijo de mine-ro me estoy acordando de Santa Bárbara. Lo mismo que me he acordado de ella unas cuantas veces, algunas contigo, a lo largo de estos cuarenta años de travesía, de la animación sociocultural primero y de la gestión cultural después, cuando hablábamos de la importancia de incorporar como uno de los ejes de las políticas públicas para la cultura el desarrollo comunitario.

Nos acordamos de Santa Bárbara cuando no había liderazgo desde la cultura para influenciar pero sobre todo para enriquecer las políticas públicas, en torno a ideas fuerza que hoy son espejos del fracaso. Las políticas de sostenibilidad económica, ambiental y social han fracasado porque seguramente hace cuarenta años no hubo un ministerio de transición cultural que ayudara a conformar un ecosistema de ideas que dieran sentido a unos nuevos valores que hoy son claves para definir el futuro civilizatorio: el feminismo, el ecologismo y el bien común.

Repasando estos cuarenta años hubo momentos que estuvimos cerca. La incorporación de personas provenientes del movimiento vecinal a altos cargos de las administraciones públicas en todos sus niveles, como fue el caso que tú señalas de Ignacio Quintana en el Ministerio de Cultura, podrían

suponer que se diera un papel relevante a la cultura en el ámbito de las políticas públicas. Pero no fue así y nos acordamos de Santa Bárbara.

Unos años después el propio Ministerio de Cultura impulsó el programa “CulturalCampo”, liderado por Ave-lino Hernández, y pensamos que ese foco en el medio rural era trascendente para lograr un desarrollo equilibrado en los territorios y para asentar una serie de ideas que distin-guen un sistema de pensamiento conforma en torno a las ruralidades: inspiración / escasez / intemperie / esencia / incertidumbre / paciencia / herencia / equilibrio / esfuer-zo/ espera / oralidad / bien común/ camino / no ficción/ ... Hoy podemos comprobar que la España vaciada habría sido otra si aquel movimiento hubiera tenido amparo en las diferentes políticas públicas. Pero no fue así y nos acordamos de Santa Bárbara.

En la década de los noventa y de los primeros años del siglo XXI, las administraciones públicas, nos olvidamos del papel central de la cultura y nos abandonamos a los fastos. La cultura espectáculo, el rendimiento económico, el cor-toplacismo, las edificaciones icónicas ya fueran bibliotecas, teatros, auditorios, etc., se asentaron en la agenda política y daba igual lo que pasara con ellas diez o veinte años después. Todos esos años nos acordamos de Santa Bárbara porque abandonamos las ideas que formaba parte de la esencia de los animadores sociocomunitarios: la participación de las personas y las comunidades en el diseño de su propio futuro. Pero para que esa participación sea efectiva nuestra caja de herramientas —conocimientos, destrezas y actitudes— debe estar completa.

Y llegó la crisis, nos situó ante el espejo para despo-jarnos de tanto artificio y nos interpeló sobre el papel de la cultura ante una crisis civilizatoria, no solo económica. Y volvimos a acordarnos de Santa Bárbara.

A veces tengo la impresión de que nunca lo lograre-mos, Eduard. La cultura no estará como tú señalabas en la presidencia de los gobiernos. Quizás porque nos equivocamos al pensar que desde estos se podían cambiar el mundo y renunciamos a fortalecer la cultura ciudadana y a priorizar el desarrollo comunitario.

Volveremos a acordarnos muchas veces de Santa Bár-bará. Pero hay signos de esperanza. Algunas experiencias, muchas de ellas pequeñas islas, iluminan hoy los anhelos que teníamos a finales de los setenta y principio de los ochenta. La cultura, en un mundo tan diferente a aquel, tiene que seguir siendo piedra angular donde se asienta la calidad democrática de un país. Cedamos el testigo a las próximas generaciones.

Desmemoria, transición, gestión... en fin, suerte y amistad

Chus Cantero (Sevilla)

Es muy difícil escribir un artículo —o unas notas como es el caso— en el que compartes espacio, una revista con él, sin estar, como se dice, al principio del artículo. Lo suyo nos sorprendió, nos entristeció y a mí, en concreto, me abrumó con algo indefinible; probablemente no haber sido consciente de que podía suceder pues había estado hacia pocos días con él y teníamos fecha para vernos a primeros de septiembre en Cádiz y Sevilla.

En el título me he querido referir a ese último escrito, que se ha recogido, pues hace una cita a la desmemoria con una «buena memoria sucinta» y a vuela pluma de un periodo amplio de evolución de los hitos culturales que marcaron políticas y «oficio» desde principio de los ochenta. Después también habla y hablamos de la transición, teniendo en cuenta que los Avejentados con alguna diferencia de edad y de incorporación a la práctica cultural estamos juntos, nos conocemos, y hemos colaborado por lo menos desde mitad de los ochenta. Todos llevamos diversas transiciones a la espalda, desde la más política alrededor de lo que supuso el final del franquismo y las diversas elecciones que produjeron avances en la visión de la cultura y que como él cita marcan una horquilla que va desde los 41 a los 35 años y posteriormente las transiciones —a la cuales de una u otra manera se refieren todos los escritos— que hemos realizado en nuestra propia vida, sea desde una visión estrictamente personal, familiar o laboral: Los años han sido interesantísimos, pero llenos de dudas, complejos, con grandes interrogantes, más o menos exitosos, con decepciones, fructíferos pero con paciencia y/o resignación, y cuestionables por todos, a veces a nivel colectivo y otras individual.

Cita en su artículo el trabajo de los indicadores para La FEMP alrededor de la *Agenda 21* de la cultura; lo hicimos un grupo no muy amplio —que era complicado que tuviese en algunas reuniones a todos sus miembros, por los destinos de cada uno en los diferentes momentos— y no recuerdo bien si antes o después, quizás incluso se solapasen en algún momento. La AECID montó otro para evaluar proyectos de la cultura para el desarrollo: coincidíamos varios de los avejentados en los dos, con lo que estuvimos dos o tres años por España con reuniones periódicas en las cuales además de las interminables y soporíferas reuniones que nosotros mismos alumbrábamos, nos veíamos con cierta regularidad, lo que nos permitió compartir, todavía más, nuestras vidas y personalidades con gran afabilidad.



Por eso quiero acabar con las dos palabras del título. Ha sido una gran suerte haber compartido con él estos años, por muchos trabajos y otros lugares. Con los demás, a corto, está garantizado que los vamos a seguir compartiendo y a más largo, tendremos que hacer lo necesario que así sea. También ha sido un regalo haber compartido la amistad de todos los del colectivo y por supuesto muchas experiencias y conocimientos que creo nos han hecho avanzar en nuestra profesión y conocimientos.

¿Hermanos, cuándo se comenzó a joder aquello de entender la cultura como servicio público en España?

Luis Ben (Cádiz)

Eduard era un hombre de extrema bondad, lo que no es contradictorio con que a veces resultara algo gruñón o que en ocasiones, muy escasas, llegara a estar realmente enfadado, contrariado e indignado al cien por cien. La interrogación que encabeza estas palabras constituye el título de un artículo suyo publicado en la revista *Periférica* en 2013, tercer año de crisis triunfal, y sin duda es producto de uno de sus más álgidos momentos de enfado. Y tenía mucha razón Eduard en lanzarnos a la cara esa pregunta tan rotunda que no deja lugar a la más mínima duda. Lo que sucedía es que nuestro hombre observaba, con temor y enfado a la par, que después de treinta años de políticas culturales públicas seguíamos en la indefinición y lo aleatorio desde los poderes públicos. Y lo que era peor, que la cosa tendía al desorden, a la insignificancia de la cultura en el conjunto de las políticas públicas. La crisis fue la excusa perfecta.

El problema que señala en su artículo es como la Santísima Trinidad, eso de que Dios es uno y trino. Me

explico, hay un único problema que comparte tres esencias. El problema como hemos indicado es la incapacidad del sistema político de la democracia del 78 en articular y ordenar los servicios culturales públicos mínimos que ofertar a la ciudadanía. Y trino porque hablamos de un problema tanto de competencias como de financiación como, esencialmente, de derechos ciudadanos. Y en orden inverso de importancia.

Los derechos culturales en el marco constitucional español son innegables y se detallan a todo lo largo del texto del 78. En al menos doce artículos de la Constitución Española se detallan derechos culturales y obligaciones de los poderes públicos respecto a los mismos. No es la falta de mandato democrático lo que hace que tengamos la sensación de que se les toma o como derechos de segunda categoría e incluso a veces prescindibles. Probablemente hay demasiada política propositiva y escasa política positiva, y por ahí llegamos a la segunda componente de la tríada, la financiación.

Los dineros de la cultura siempre han sido centro de porfias varias y muy ásperas a veces. En tiempos de abundancia, que los hemos conocido, la cosa se resolvía no resolviendo nada. Disparando con pólvora del rey y, después de cubrir algunos servicios mínimos (bibliotecas por ejemplo), se dirigía el chorro presupuestario a lo pomposo y lúdico-festivo. A veces había restos presupuestarios para ensayar propuestas innovadoras, pero poco. Y luego hubo dinero para el emprendimiento cultural, esa cosa que se ha destapado como una trampa saducea para los más jóvenes, pero fue un dinero en el que los de la cultura, políticos y gestores, ni opinaron ni se les pidió opinión. En los tiempos de crisis qué les voy a contar que ustedes no sepan. La promesa incumplida de una ley de mecenazgo que paliaría todos los déficits de la financiación pública de la cultura fue la estrella del momento. A los resultados me remito, ni ley ni financiación extra. Del *crowdfunding*, enmarcado en el aparato ideológico del emprendimiento cultural, mejor ni hablar o hablar poco, una versión moderna de la colecta de toda la vida que tan bien manejan los movimientos asociativos. Poco más.

Y es en la tercera pata de la tríada donde se cierra el círculo de las causas de la irritación de Eduard Miralles. Las competencias, el quién hace qué en cultura para cubrir los derechos de la ciudadanía, y con qué dinero. Porque después de cuarenta años de una democracia que se proclama defensora de los derechos culturales el resultado es decepcionante. Los poderes locales (ayuntamientos y diputaciones) aportan más del sesenta por ciento de los dineros públicos de

la cultura, los gobiernos autonómicos jugaron a los fuegos de artificio en los buenos tiempos y ahora no saben muy bien por donde tirar, y el estado durante mucho tiempo ha dado la sensación de que no jugaba ni siquiera a ser estado, o lo hacía con timidez manifiesta.

Esta Santísima Trinidad cultural construyó el entorno de tormenta perfecta en el que nuestros servicios públicos culturales han pasado a ser escasos, mal dotados y cada vez más indefinidos en sus objetivos estratégicos. No es de extrañar que alguien de la clarividencia y brillantez de Eduard Miralles se preguntara «¿Hermanos, cuándo se comenzó a joder aquello de entender la cultura como servicio público en España?». Y aquí seguimos hermano, en las mismas si no peor. Pero perseverando. Hasta que nos jubilen, claro.

Biografía

Eduard Miralles desarrolló una amplia y variada carrera profesional. Para dar una imagen aproximada de la misma hemos elaborado, con la participación de numerosos amigos y compañeros, una sucinta y esquemática biografía en la que destacar sobre todo los hechos y acontecimientos de carácter profesional que la marcaron.

1961

El 19 de mayo nace en Barcelona.

1976 a 1982

Milita en la izquierda radical.

Muy activo en la Associació de Veïns del Poble Nou (se está reivindicando la reversión al barrio de la vieja fábrica Càtex, que ha cerrado. Acabará siendo el Centro Cívico Can Felipa).

Funda la colla de grallers L'Anxova (gralla: instrumento de viento tradicional).

Estudia y se licencia en Filología en la Universidad de Barcelona (UB). Se interesa especialmente por la lingüística, la etnología y la cultura tradicional y popular.

1983

Trabaja en el Centre Cívic de Sant Martí de Provençals del que pasará a ser su director.

Organiza las Jornades Creació i Relació sobre artes y comunidad, tratando de profundizar en las herramientas para liberar la expresividad y la creatividad de la ciudadanía.

1984

Participa en Interacció 84. Aporta su experiencia en el Centre Cívic de Sant Martí y la reflexión de las Jornades Creació i Relació.

1986

Inauguración del CERC (Centro de Estudios y Recursos Culturales) en el Pati Mànnig dirigido por Eduard Delgado. Participa de manera destacada en las Jornades Miralls i murs, donde propone líneas de evolución del modelo.

1988

Se incorpora al CERC como jefe del Programa de Formación, columna básica del proyecto.

1989

Asume la dirección del Curso Universitario de Postgrado por cuenta del CERC. Por la Universidad de Barcelona (UB) el director será Lluís Bonet.

1990

Es uno de los promotores y socio fundador de la AE-TEC (Asociación de Técnicos de Cultura), la primera asociación de gestores y técnicos en constituirse en España en diciembre de este año.

1991

El postgrado se convierte en máster de dos cursos.

1992

Se funda la Red Europea de Centros de Formación en Gestión Cultural (ENCATC). Eduard será su primer vicepresidente.

1993

Entre 1993 y 1995 fue director de programas de cultura de la Universidad Politécnica de Catalunya.

1995

Forma parte del equipo fundador del Observatorio Interarts.

1996

Coordina la bienal Interacció 96 (las políticas públicas y la cultura) de la Diputación de Barcelona.

Entre 1996 y 2004 es director del Centro de Estudios y Recursos Culturales (CERC) de la Diputación de Barcelona.

1998

Coordina la bienal Interacció 98 (cultura y poder local) de la Diputación de Barcelona.

2000

Coordina la bienal Interacció 2000 (cultura y servicio público) de la Diputación de Barcelona. Esta edición se hace coincidir en fechas y lugar con el primer Campus Euroamericano de Cooperación Cultural, una iniciativa de Interarts y la Organización de Estados Iberoamericanos (OEI). Eduard participará como ponente en varias de las ediciones del Campus.

Entra a formar parte del consejo asesor de la revista *Perifèrica* que edita la Universidad de Cádiz (UCA). Se mantuvo ligado a la revista desde el consejo asesor y como colaborador habitual hasta su fallecimiento.

2002

Coordina la bienal Interacció 2002 (las políticas para la interculturalidad) de la Diputación de Barcelona

2003

Participa en Montevideo en Interlocal – Foro Iberoamericano de Ciudades para la Cultura, encuentro fundacional de la red de ciudades iberoamericanas para la cultura, de la que será fundador y activo participante.

2004

Forma parte del equipo redactor de la *Agenda 21 de la cultura*, auspiciada por el Foro de Porto Alegre y adoptada como documento orientador de las políticas culturales por la organización mundial de Ciudades y Gobiernos Locales Unidos – CGLU.

Con ocasión de la celebración en octubre de 2004 del taller nacional español del proyecto ECONCULT 21, propone a la FEMP que esta lidere y vertebré la colaboración de los observatorios, laboratorios y demás centros de estudio y análisis existentes en los distintos territorios.

2005

La Comisión de Cultura de la FEMP, en su reunión de fecha 12 de enero de 2005, acuerda la creación de un grupo de trabajo técnico con el fin de organizar una red que comunique e integre las diversas experiencias existentes en los distintos territorios consistentes en Centros de Estudios y Recursos Culturales, Observatorios, Laboratorios Culturales, unidades de estudio y análisis, etcétera. Eduard Miralles codirige y lidera dicho grupo de trabajo.

2006

Arrancan los trabajos del grupo técnico creado por la Comisión de Cultura de la FEMP, bajo la dirección de Eduard para la construcción de un sistema de indicadores para la evaluación de las políticas culturales locales.

Coordina la mesa de trabajo sobre cultura, territorio y proximidad del Plan de Cultura de Barcelona, “Nous accents”.

Participa en Barcelona en la reunión de expertos del proyecto europeo “Active citizens, local cultures, European politics”, impulsado por la Fundación Europea de la Cultura, Interarts y Ecumest, con una ponencia centrada en el fortalecimiento de la sociedad civil en la cultura y la necesidad de potenciar el contacto entre gobierno y sociedad civil.

2008

Participa en Quito en el seminario de Interlocal y CGLU sobre políticas culturales y desarrollo local sostenible.

Participa en Panticosa en “Confluencias: Conferencia internacional sobre diversidad y diálogo intercultural”, una iniciativa de Interarts y el Ministerio de Cultura con apoyo de la Comisión Europea, en el marco del Año Europeo del Diálogo Intercultural.

Es elegido presidente de la Fundación Interarts que fue fundada en 1995 por Eduard Delgado como Observatorio Europeo de Políticas Culturales Urbanas y Regionales. A partir de entonces, y hasta su desaparición en 2018, escribirá un editorial mensual en el boletín electrónico Cyberkaris. Se trata en conjunto de más de un centenar de artículos breves, donde trata cuestiones relativas a las políticas y la gestión cultural, la cooperación internacional y el desarrollo desde múltiples vertientes.

2009

Se publica la *Guía para la evaluación de las políticas culturales locales* de la FEMP y en la que dirigió los trabajos de elaboración. Dicha publicación fue presentada en el Ministerio de Cultura impulsor junto a la FEMP del proyecto.

Participa en Maputo en el Campus Euroafricano de Cooperación Cultural, iniciativa de Interarts y el Observatorio de Políticas Culturales en África (OCPA), con apoyo de AECID.

Forma parte del consejo asesor de la revista internacional de gestión y cultura Contemporánea *G + C revista de gestión y cultura* Granada

2010

Se integra en el patronato del Fondo Roberto Cimetta, organización de apoyo a la movilidad artística en el Mediterráneo.

2011

Participa en Melbourne en la quinta edición de la Cumbre Mundial de las Artes y la Cultura, organizada por la Federación Internacional de Consejos de las Artes y Agencias Culturales (IFACCA), con una intervención relativa al papel de las políticas culturales locales en la inclusión social.

2013

Elabora el informe previo de las “Jornadas de Teatro y Municipios” organizadas por el Institut del Teatre, que tienen lugar en Terrassa. Posteriormente se encargará de la edición de las actas de las mismas.

2014

Forma parte del equipo de expertos que asesora la elaboración de *Cultura 21 Acciones* (manual operativo de la *Agenda 21* de la cultura) y escribe el artículo “La cultura, de factor de desarrollo a pilar de la sostenibilidad”, muchos de los párrafos de este son utilizados, palabra por palabra, en *Cultura 21 Acciones*.

Interviene en Buenos Aires en el 2º *Seminario Internacional “Ciudades, cultura y futuro”* y en la reunión de la Unidad Temática de Cultura de la red Mercociudades, con una ponencia titulada “Agencia, agendas y redes: coordinadas para una nueva gobernanza de la cultura local”.

Participa en Camargo en las jornadas “*El futuro de los centros culturales en la Europa creativa*”, siendo uno de los coautores del libro del mismo título que se elaborará colectivamente a modo de *booksprint*.

2015

Participa en Bilbao en la primera Cumbre de Cultura de CGLU, que aprueba *Cultura 21 Acciones*.

2016

En la localidad aragonesa de Añón de Moncayo se constituye el grupo de reflexión sobre políticas y gestión culturales locales Avejentados constituido por Eduard Miralles. Es pieza esencial del grupo.

2017

Coordina la edición de las jornadas *Interacció* centradas en la relación entre ciencia y cultura, uno de los principales temas a los que dedicará su atención en esta etapa.

Participa en Zapopán (México) en el *Foro Internacional UNESCO Zapopán*, un encuentro centrado en las políticas lo-

cales de fomento del acceso a la cultura vinculadas al desarrollo sostenible.

2018

Fallece el 28 de agosto en su ciudad natal, Barcelona.

Como formador en gestión y políticas culturales su actividad es extensa e intensa. Podemos destacar que ejerció para las siguientes instituciones: el Instituto Municipal de Animación del Ayuntamiento de Barcelona (IMAE), ABAST, centro de formación del Ayuntamiento de l'Hospitalet de Llobregat o la escuela de diseño ELISAVA de Barcelona. Cabe destacar también la Dirección General de Cooperación Cultural del Ministerio de Cultura, la Diputación de Valencia, la Diputación de Cádiz, el Ayuntamiento de Bilbao, las universidades de las Islas Baleares, Sevilla, Cádiz, Granada, UNIA Pompeu Fabra, Universitat Oberta de Catalunya, Oviedo y Valladolid, el Consejo Nacional de las Artes y la Cultura de la República de Venezuela, la Asociación Chilena de Municipalidades y la Organización de Estados Americanos, a través de cursos impartidos en Argentina, Colombia, Costa Rica, El Salvador, Honduras y Uruguay. Ha sido miembro del consejo pedagógico de los estudios de tercer ciclo en gestión cultural de la Universidad de Barcelona y jefe de estudios del Diploma de Postgrado en Cooperación Cultural Iberoamericana de la Universidad de Barcelona.

Entre sus publicaciones destacamos:

“Serveis personals i polítiques locals per a la cultura a Catalunya” en *CIEA*, nº 6, 1997.

Introducció a la gestió d'organitzacions culturals. En coordinación con Javier Creus Román, Barcelona, UOC, 2000.

“Aproximaciones a la proximidad: tipología y trayectorias de los equipamientos en Europa y en España”, con Victoria Saboya, incluido en *Las Jornadas sobre Centros Cívicos y Servicios de Proximidad*, Vitoria-Gasteiz, 2000, Vitoria, Xabide, 2000, págs.. 27-46

Las Diputaciones provinciales y la cultura, Barcelona, 2004.
Las Posibilidades del mercado cultural del nordeste: diez reflexiones en voz alta, Barcelona, 2004.

“Estrategias para la diversidad: ocho reflexiones sobre el diseño y la gestión de proyectos interculturales locales y regionales” en *Políticas para la interculturalidad*, Barcelona, Diputació de Barcelona, Milenio, 2004.

Eurocult 21. Urban cultural profiles exchange project: Spanish National workshop. Final report, Barcelona, 6-7th October 2004, Barcelona, Institut de Cultura, 2004.

“Cultura y educación, ¿una extraña pareja?” en *Acción pedagógica en organizaciones artísticas y culturales*, Dirigido por Roberto Gómez de la Iglesia, Vitoria-Gasteiz, Grupo Xabide, 2007.

Guía para la evaluación de las políticas culturales locales: sistema de indicadores para la evaluación de las políticas culturales locales en el marco de la Agenda 21 de la cultura, Madrid, Federación Española de Municipios y Provincias (FEMP), DL, 2009.

“Cultura/Edificat” en *El futuro de los centros culturales en la Europa creativa*, Ana Bolado Ceballos, Ana y Roberto Gómez de la Iglesia (dirs.), Camargo, 2015.

Cómo evaluar proyectos de Cultura para el desarrollo: Una aproximación metodológica a la construcción de indicadores, Agencia Española de Cooperación Internacional, Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas, Madrid, 2009.

En la construcción de esta biografía profesional de Eduard Miralles han contribuido con sus recuerdos y cariño las siguientes personas:

María Victoria Alcaraz (Buenos Aires), Jesús Cantero (Sevilla), José Ramón Insa Alba (Zaragoza), Javier Valbuena (Salamanca), Jesús Carrascosa (Cuenca), Mikel Etxebarria (Bilbao), Miguel Zarzuela (Zaragoza), Roberto Gómez de la Iglesia (Vitoria/Gasteiz), Jordi Font Cardona (Barcelona), Xavi Coca (Barcelona), Jordi Pascual (Barcelona), Jordi Baltá Portolés (Barcelona) y Luis Ben (Cádiz).